CANCIONES

EN LA NOCHE

LIBRO DE

MODERNAS

TROVAS

COMPUESTAS

POR

VICENTE

GARCIA

HUIDOBRO

FERNANDEZ



A Pedro Gil nuestro primer satírico.

J. Alfau

Vicente García H. Fernández



CANCIONES EN LA NOCHE

OBRAS DEL AUTOR

PUBLICADAS:

Ecos del Alma.—Poesías.

Canciones en la Noche.—Poesías.

Pasando y pasando.—Crónicas y comentarios.

La Gruta del Silencio.—Poesías.

PRÓXIMAS A PUBLICARSE:

Bajo ese cielo azul.—Cuentos.

La donna é movile.—Comedia en dos actos

La Serenata de Schubert.—Drama en tres actos.

Los Héroes del Dolor.—Novela.

Templo de Belleza.—Crítica.

Los que van.—Crítica.

EN PREPARACIÓN:

Doña Quijota.—Novela.

La rival de Friné.—Novela.

Dulzuras de Luna.—Poesías.

La Linterna de Diógenes.—Ensayos filosóficos

Nuestros Peripatéticos.—Diálogos filosóficos.



Vicente García Huidobro Fernández

CANCIONES EN LA NOCHE



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA Y ENCUADERNACIÓN CHILE
Calle de Morandé, Números 767-769
1913



Dedicatoria

A mis padres

cuya figura ha tomado aureola

de divinidad dentro de mi corazón.

Vicente García Huidobro Fernández

Dei gratia Vates.

1913



ADVERTENCIA

Con excepción de algunas composiciones no tengo a este libro gran cariño. Lo publico como una muestra de mi evolución entre aquel primer libro romántico de los diecisiete años "Ecos del Alma" y "La Gruta del Silencio" libro que quiero y del cual estoy plenamente satisfecho.

Sin embargo hay aquí algunas composiciones de este año y aún del año pasado en las cuales tengo completa fe.

El Autor.



PRIMERA PARTE

La Música Dormida

A Don Ramón del Valle Inclán.



ESTAS TROVAS

Amada ven y escucha estas sonatas
Que te quiero cantar muy suavemente,
Oye estas amorosas serenatas
Que estoy bordando cariñosamente.

Yo quiero ser tu Becquer, tu poeta
Que entre la languidez de mis violines
Se mezclen mis estrofas más secretas
Y más llenas de ensueño de jardines.

Yo te canto mi amor languidamente,
Oye el canto nupcial languidamente,
Oye el acorde azul languidamente
Que murmuro feliz languidamente.

Oye el acorde azul de mis cantares
Que sollozan los trémulos violines,
Mientras caen de mi alma los pesares
Como lluvia de pálidos jazmines

Reclina en mí tu cabecita hermosa
Y oye estos versos muy reconcentrada,
No vayas a pensar en otra cosa
Que te lo voy a ver en la mirada.

¿Y después? Oh! después nos miraremos
Y habrá en nuestras pupilas una lágrima
Con un nuevo fervor nos besaremos
Y en mí te apoyarás enteramente lánguida.

Y volveré a leer y escucharás
El secreto sonar de mis violines
Y todo su sentir comprenderás
Al recorrer de nuevo mis jardines.

Comprenderás mi sed ideal, mi anhelo
De belleza, de amor, de sol, de Azul,
Y fijarás tus ojos en el cielo
Tan suave y misteriosamente azul.

Comprenderás mi gran melancolía,
Sabrás lo que en mis ojos ya adivinas
Que llevo un gran dolor de poesía,
Un gran dolor de auroras vespertinas.

LA MUY AMADA

Es así la muy amada:
Una porcelana fina,
Una beldad delicada
Humanamente divina.

Su andar mesurado y grave
Bella de toda belleza,
Principescamente suave
Y suavemente princesa.

Posee el sprit de Francia,
Llena de gracia y de encanto
Y arrastra en sí la elegancia
Como una reina su manto.

Al pasar deja en el aire
Perfume a Relique D'Amour
Y va pintando un donaire
De madama Pompadour.

Y esta dulce princesita
Cuando mendigo su amor,
Me da a besar su manita
Como quien tira una flor.

———

ERA UNA VISION...

Tenía perfil de princesa sajona,
Su noble cabeza pedía corona,
Su labio el cantar de Pierrá y Magalona.

Era una visión como jamás soñé,
Mujer más hermosa nunca la encontré,
Era la Espirita que soñó Gautier.

Al vagar juntos en noches tranquilas
Temblaba algo en sus hondas pupilas
Como un escalofrío entre las lilas.

Cuantas veces sentimos de Dios las huellas
En el sublime de una noche de estrellas
Mientras el viento gime viejas querellas.

Cuantas veces la luna besó su frente,
Alumbrando su rostro resplandeciente,
Y se durmió en sus ojos de fuego ardiente.

Cuantas veces en ensueños celestiales
Murmuré a su oído tiernos madrigales
Mientras temblaban de frío los rosales.

Decía que me adoraba con locura,
Que ya en su alma blanca no había amargura,
Que sólo sentía una inmensa ternura.

Tenía en los ojos un verso de Verlaine,
Tenía en los labios un lied del gran Heine
Convirtió la tierra en un florido Edén.

Un día no hallé por el mundo sus rastros
Se fué... buscaba a sus hermanos: los astros
Y consteló en el cielo sus puros alabastros.

Y aquella muchacha de encanto auroral
Tan pura, tan buena, tan llena de ideal
La más bella rosa del bello rosal
Ahora es un sueño de luz sideral.

LA DAMA DE LAS CAMELIAS

Margarita Gautier está moribunda.........
Abre la aurora su camelia grana
y lágrima de angustia, cruel, profunda,
se filtra un haz de luz por la ventana.

Mientras al despertar el mundo ríe,
Armando llora junto a Margarita
porque esa aurora que su luz deslíe
el ocaso es de su pasión marchita.

Soñando ser feliz ella dió su alma,
al amor que logró, tardía palma.
Se fué tras las Juliotas, las Ofelias ....

Murió! Voló a recónditos confines
y al mismo instante en todos los jardines
hubo un deshojamiento de Camelias

II

Yo te he visto en mis sueños de poeta
vagar en prados de camelias sola,
mientras la luna con su luz inquieta
circundaba tu frente de alba aureola.

Yo te he visto vagar pálida y fría
como una niña enferma por la anemia
y has sido para mí la poesía
en mis obscuras noches de bohemia.

Sombra tísica, ven. Quiero mirarte,
quiero saber tu amor, quiero escucharte,
quiero ver tus pupilas temblorosas.

Después te volverás a tu retiro
y allí te perderás como un suspiro
nevada de camelias primorosas.

LA ORQUÍDEA

Soy un ensueño oriental,
Soy el delirio de una hada,
Una sílfide encantada
Por un ardid sin igual.
Soy una fior de cristal
En donde yace un anhelo;
Me ví prendida en el velo
De una reina japonesa;
La noche al venir me besa
Por un encargo del cielo.

Soy el alma de un fakir
De la región del Juncal,
Que por un extraño mal
Hubo al fin de sucumbir.
Después que le ví morir
Llevóme una bayadera
De rostro color de cera;
Y pasé mi vida toda
Bajo una obscura pagoda
En un vaso de madera.

Después llegué hasta Turquía;
Fuí el encanto de un harem,
La envidia de un crisantem
Que de pena se moría
Con mi gracia y mi armonía
Reiné como soberana,
Y hasta la misma sultana
Ante mí palideció
¡Que en mis hojas se durmió
La Aurora de la mañana!

Soy hecha de seda fina
Con plumas de pavo real,
Grabadas en el cristal
De mi corola divina.
En mi origen se adivina
Algo de mosaico extraño,
Algo de un sueño de antaño
Que en el pasado se esfuma,
Algún misterio de bruma,
Algún caprichoso engaño.

Soy una rara visión,
Soy farolillo chinesco,
Soy un ídolo burlesco
De una extraña religión.
De marfil y ámbar fusión;
Rayo del astro del día,
Juguete que desvaría
Porcelana japonesa,
Todo soy, hasta princesa
¡Porque soy la poesía!

Mayo 6 de 1912.

EL LIRIO SUSANIE

I

El Lirio Susanie se abre triunfante
Como un bordado quitasol de seda
Y en su corte y repliegue extravagante
Un caracol marítimo remeda.

Es una flor extraña, flor exótica
Salpicada como un pirograbado,
Es una flor hermosa, una flor gótica
Nacida en un alcázar encantado.

Una flor de mezquita, una flor mora,
Hecha para reinar en el turbante
Del árabe lujoso que la adora.

Es una flor sensual, carnal, grotesca,
Una nocturna mariposa errante
Es una rara flor churrigueresca.

II

El Lirio Susanie se abre triunfante,
Parece que al mirarlo hace una mueca
Como el ojo de un cícople gigante
Que en una boca de mujer se trueca.

¡Oh simbólica flor de una ramera
Digna copa de vino en una orgía!
¡Oh misteriosa flor de una hechicera
Flor de tristeza al par que de alegría!

Ante mí no te muestres flor maldita
Con tu rictus de geisha engañadora
Y esa coquetería que mi irrita.

Es una flor inmunda, flor del lodo,
Es una flor que rie al par que llora
Con la risa y el llanto de un beodo.

ENSOÑACION

Entre las notas del triste piano,
Entre las notas sueña Chopín,
Y arranca arpegios la blanca mano
Que el alma lleva hacia un Eden.

En la floresta, bajo las flores,
Byron modula su arpa genial;
Musset solloza muertos amores
Entre las rosas de albo rosal.

En la alta noche junto a los lagos,
Enamorada de las estrellas,
Lamartine llora sus cantos vagos;
Y Verlaine reza raras querellas.

Beethowen gime, gime a la luna,
En una tarde de triste ocaso...
Un cisne cruza por la laguna
Cual flor de mármol o blanco raso.

Rafael piensa, sueña laureles
En luz bañado vuela a las nubes;
Velásquez tiene como pinceles
Las blancas alas de los querubes.

Y allá en la noche la alondra llora,
La luna brilla, la flor perfuma,
El bardo gime canción de aurora,
Desgrana el piano canto de espuma.

COMO UN CIRANO de BERGERAC

Salió a su labio tierna sonrisa
Mezcla de alegre con algo trágico,
Una sonrisa de Monna Lissa
La que soñara Leonardo el mágico.

Me quedé solo, sumido en honda
Profunda angustia. Yo meditaba,
Mirando a aquella nueva Gioconda
Que con su risa me apuñaleaba.

Me fuí temblando, transido el pecho
De un dolor fiero llegué a mi lecho;
Dormí tranquillo: sin alma ya.

Tal como el niño duerme en su cuna,
Y soñé un raro viaje a la luna
Como Cirano de Bergerac.

Agosto **11** de **1912**.

MUSSET

Mademoiselle Byron, vate de amores y de engaños
Cuyos versos exhalan como un hondo gemido
Aquel que a los veinte años tus versos no ha leído,
¡Oh divino poeta! no ha tenido veinte años.

Yo he sufrido contigo todos tus desengaños
Yo tus lánguidos versos de fuego he sentido
Y te he visto llorando como pájaro herido
Al través de tus cantos, de tus ritmos extraños.

Padre de Bernerette, y de Margot la bella
Padre de tanta flor, padre de tanta estrella
Rey del ensueño místico, señor de la emoción.

He de llegar un día a tu sagrada losa
Para dejar en ella la rosa más hermosa
La que has puesto en el alma de tu Mimí Pinsón.

EL MADRIGAL DE LOS BESOS

Oye, diablesa, de los ojos negros
Yo quiero madrigalizar tus besos

Pero si tú no me dejas probarlos
¿Cómo podría madrigalizarlos?

Oye, diablesa de los ojos negros
Ven, y en la sombra démonos un beso.

Y bajo las miradas de la madre Venus
Pongamos la envidia en los labios de Zeus.

Démonos un beso espiritual y voluptuoso
Un beso inquieto, largo, suave y hondo.

Ese gran beso lleno de melancolía
Que hemos visto en la tapa de Abelardo y Eloísa.

Ah! que bello sería si tú fueras zagala...
Y yo sería pastor y te daría el alma.

Ah! cuándo podremos besarnos, besarnos
Mil veces, serenos y sin sobresaltos.

Oye, diablesa de los ojos negros
Yo quiero madrigalizar tus besos.

Pero si tú no me dejas probarlos
¿Cómo podría madrigalizarlos?

APOTEOSIS

A Rubén Darío.

I

Paso al conquistador de las estrellas
Paso al gran taciturno, al soñador
Y la Marcha Triunfal sus notas bellas
Dé al aire que se acerca el triunfador.

Cubrid el suelo de fragantes flores
Traed laureles y traed acantos
Y a la gloria sin par de los tambores
Juntad la majestad de vuestros cantos.

Esta composición fué escrita cuando se anunció la venida de Darío a Chile.

¡Gloria al poeta sembrador de soles!
¡Gloria al adusto soñador sombrío!
Gloria al que viene en nimbo de arreboles
Gloria al artista-luz Rubén Darío.

¡Loor al hijo del inmortal Lelián
Hijo de Kalidasa, el poeta del Sol!
¡Loor al hijo predilecto de Pan
Hijo de Homero y Netzahualcoyotl!

Aquél es! Brotan flores donde huella
Tiene en los ojos brillos de rubí
Lleva en la frente una radiosa estrella
La estrella del gigante Avengalí.

Oh poeta de mágico renombre
En tu triunfo de magno trovador
Oye la voz: *recuerda que eres hombre*
Como el bravo romano triunfador.

II

Heraldo del Alba de un nuevo jardín
Príncipe del ritmo, amante del arcano
Viniste en el cisne del rey Lohengrín
La luz en la mente, la lira en la mano.

Oyendo tus versos de rítmico ensueño,
Mirando tus cisnes, blancos alabastros,
Sentíme inválido de un místico sueño:
Te vía cruzar persiguindo los astros.

Icaro impotente rugía de ira,
E aguila al verte paraba su vuelo,

Y en tanto cantabas, en torno a tu lira
Un meeting de estrellas te oía en el cielo.

III

Las quejas de Lugones por fin has escuchado
Y en una hermosa réplica nos ha demostrado
Que el filón de oro de tus versos no tiene fin
Que el raudal de tu poesía nunca agotas
Y siempre hay nuevas notas
En tu viejo violín.
Gracias, maestro, las musas dicen en coro
Porque en el regio alcázar de tus versos
Sigue sonando el surtidor de oro;
Porque en ritmos diversos
Siempre nuevos, siempre grandes, siempre hermosos
Resuenan tus extrañas melodías
Tus cantos deleitosos
Tus divinas armonías
Tus sueños orquestales y pomposos.



ROSAS DE GALANTERÍA

Deja que a tus palideces de luna
Y a tus ojos
Y a tus leves sonrojos
Deshoje una a una
Las rosas de mi galantería
Tú que eres mi Poesía,
Tú que eres mi buena fortuna,
Tú que eres un lirio en mi dolor amargo,
Tú que eres un descanso en mi camino largo
Tú que mi alma despiertas de su hondo letargo,
Tú eres la rosa que perfuma mi hastío
La rosa primorosa
La que triunfa en los sueños de mi desvarío
Deja que al trémulo arrullo
De un cántico tuyo
Duerma yo mi vejez de veinte años
Para que mi alma despierte sin desengaños.



LA OBSESION DE LOS DIENTES

Tenía los dientes tan finos y delgados
Como las hojas de una margarita,
Y al reir con los labios despegados
Al abrir su boquita,
Me venía el deseo importuno
Sentía la obsesión malvada
De arrancárselos uno a uno
Jugando al «me quiere, mucho, poquito, nada».



JENNY

Jenny es una inglesita concienzuda y correcta
Que comparte su tiempo entre el sport y el amor;
Es una soñadora, romántica perfecta
Y es una pensadora sútil y de valor.

Es la princesa rubia de un viejo cuento de hada
Esbelta como un junco; de muy hondo mirar.
Es una espiritista sincera y consagrada;
Es una buena medium y sabe hipnotizar.

Siempre piensa en su patria nebulosa y obscura:
Habla de Gran Bretaña ungida de ternura
Y toca al piano trémula el «God save the King»

Se lee con encanto los libros de León Dénis;
Después de la lectura se va a jugar un Tennis...
Y se pasa horas de horas en el Skating Ring.

1913.

NOCTURNO

Rimado a la manera toscana

El ruiseñor
Desgrana entre las ramas su cantar
Tremolando sonámbulo de amor.

Cruza la luna
Como una pompa de jabón, serena
Se duerme acurrucada en la laguna.

Un cisne sueña
Abrazarse a Sélene que lo engaña
En el agua copiándose risueña.

Y cada rosa
De su estrella la luz amante besa,
De su estrella que brilla temblorosa.

Sueñan las flores
Con una gran quietud de amaneceres
En que se purifiquen sus blancores.

La luna llora,
Pobre monjita que ama una quimera,
Mientras os tejo esta canción, señora.

Los nobles pinos
Espiando los confines más lejanos
Pintan su gran soberbia en los caminos

Y los senderos
Por oprimir tus plantas siempre avaros
Se perfuman de luna y de romeros.

Oh! mi señora
Soñemos en la paz de la llanura
A despertarnos ya vendrá la aurora.

Y en la paz bruna
De la nocturna inmensidad serena
Un aereolito chicoteó a la luna.

....

Oh! mi señora
Vaguemos nuestro amor por la llanura
Mientras sueña el Silencio y duerme la Hora.

SALOMÉ

(A Margarita Xirgú, alma y sangre)

Y tiembla y arde y vibra la voz sensualizada
De Salomé:—Quiero besar tu boca Joanan
—Quita, hija de Sodoma!... La luna está encarnada
...Y las estrellas sobre la tierra lloverán.

Va su triunfo girando en la danza de los velos
Y canta una victoria cada uno de sus pasos
Una danza que es frotación de terciopelos
Reptilesca, felina, con suavidad de raso.

Herodes premiará la danza. Y su fiebre grita
—La cabeza de Joanan
—No... Salomé maldita.
Exige, lucha...—Sea... ¡Al fin su triunfo toca!

Qué importa morir bajo el escudo que la aplasta
Si en los sangrientos labios de Joanan engasta,
Espasmódicamente el rubí de su boca.

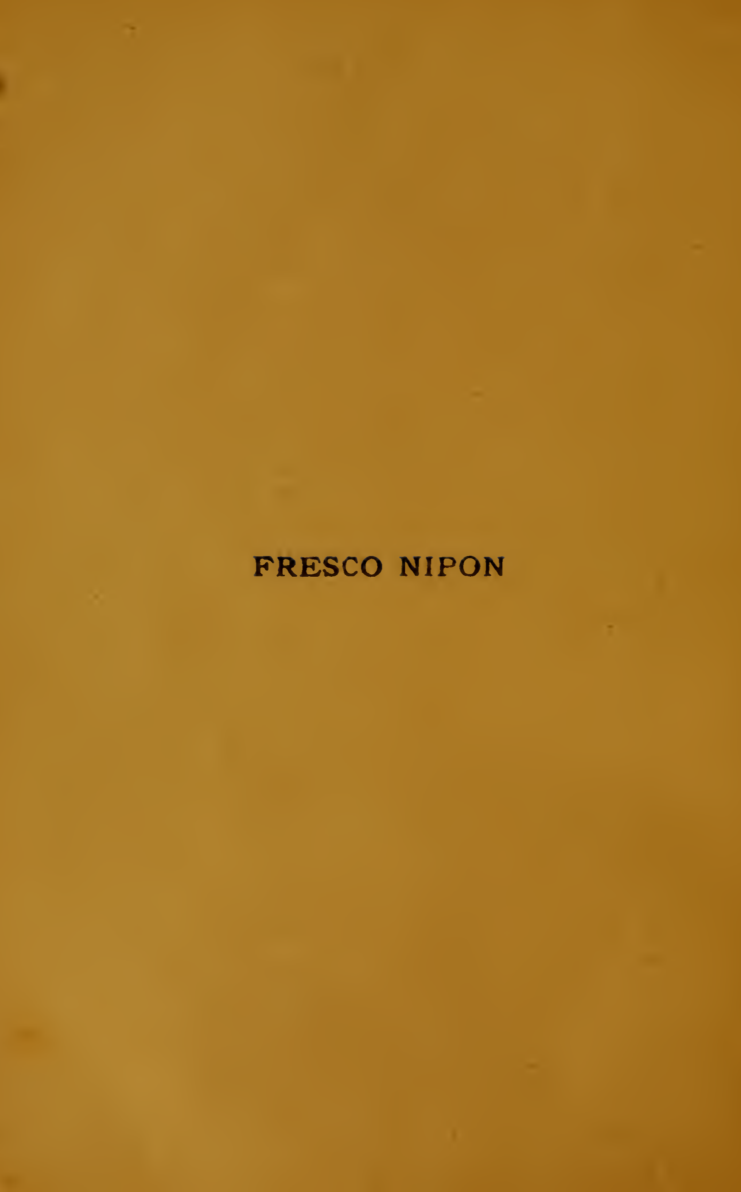
Japonerias de Estio

A Gómez Carrillo

TRIÁNGULO ARMÓNICO

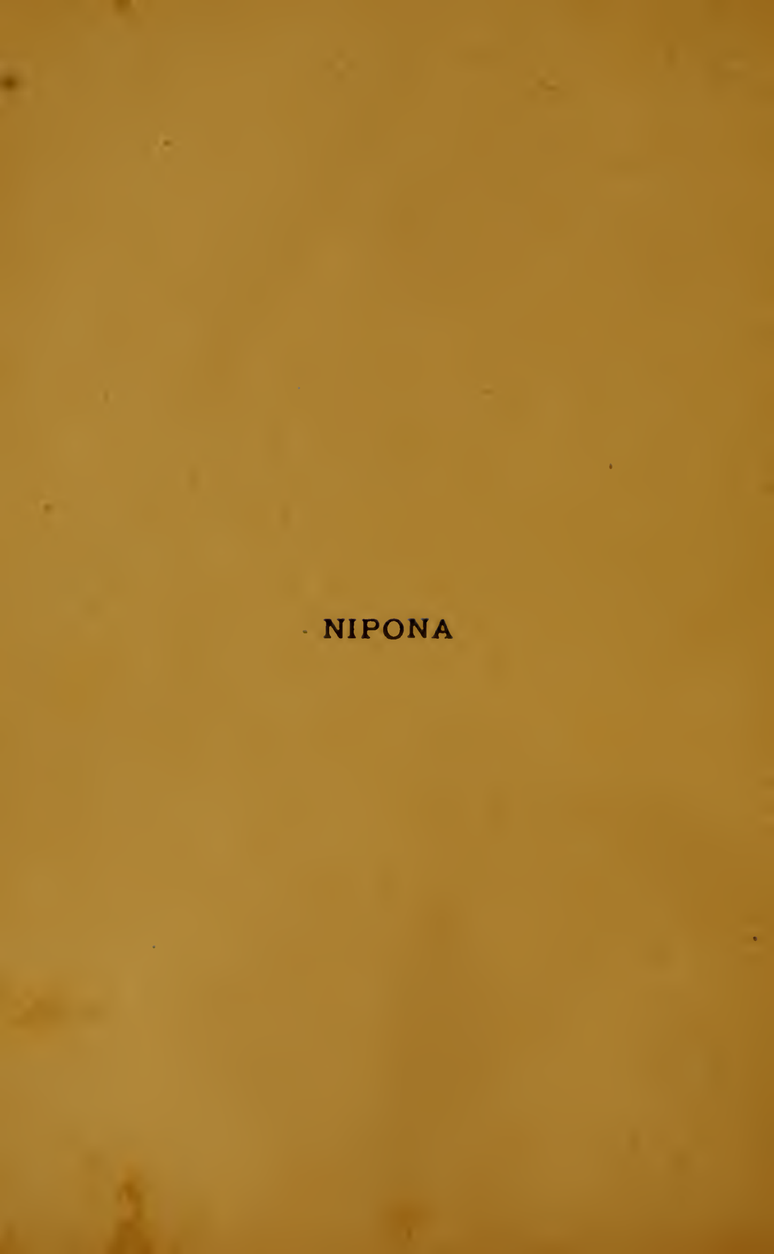
Thesa
La bella
Gentil princesa
Es una blanca estrella
Es una estrella japonesa.
Thesa es la más divina flor de Kioto
Y cuando pasa triunfante en su palanquín
Parece un tierno lirio, parece un pálido loto
Arrancado una tarde de estío del imperial jardín

Todos la adoran como a una diosa, todos hasta el Mikado
Pero ella cruza por entre todos indiferente
De nadie se sabe que halla su amor logrado
Y siempre está risueña, está sonriente.
Es una Ofelia japonesa
Que a las flores amante
Loca y traviesa
Triunfante
Besa.



FRESCO NIPON

Cuando al morir el sol dora la nieve del Fusiyama
Los paisajes nipones en mi cerebro copio,
Siento el olor que el crisantem derrama
Los vagos, dulces sueños del opio.
Veo el campo inerme
La pagoda muda
Donde duerme
Budha.
Siento
La voz viva
El dulce lamento
De las cuerdas de la diva.
Como una pálida flor morisca
Envuelta en un raro manto de tisú
Una princesa cruza en su rápido giuriska
Y oigo el canto de un uta melodioso de Azayasú.



NIPONA

Ven
Flor rara
De aquel eden
Que llaman Yoshiwara.
Ven muñequita japonesa
Que vagaremos juntos nuestro anhelo
Cabe el maravilloso estanque de turquesa
Bajo un cielo que extienda el palio de onix de su velo.
Deja que bese
Tu rostro oblicuo
Que se extremece
Por un inicuo
Brutal deseo.
Oh! Déjame así
Mientras te veo
Como un biscuit.
Son tus ojos dos gotas ovaladas y enervantes
Es tu rostro amarillo y algo marfileño
Y tienes los encantos lancinantes
De un ficticio y raro ensueño
Mira albas y olorosas
Sobre el plaqué
Las rosas
Té.

LA CAPILLA ALDEANA

Ave
canta
suave
que tu canto encanta
sobre el campo inerte
sones
vierte
y ora-
ciones
llora
Desde
la cruz santa
el triunfo del sol canta
y bajo el palio azul del cielo
deshoja tus cantares sobre el suelo
Une tus notas a las de la campana
Que ya se despèreza ebria de mañana
Evangelizando la gran quietud aldeana.
Es un amanecer en que una bondad brilla
La capilla está ante la paz de la montaña
Como una limosnera está ante una capilla.
Se esparce en el paisaje el aire de una extraña
Santidad, algo bíblico, algo de piel de oveja
Algo como un rocío lleno de bendiciones
Cual si el campo rezara una idílica queja
Llena de sus caricias y de sus emociones.
La capilla es como una viejita acurrucada
Y al pié de la montaña parece un cuento de Hada
Junto a ella como una bandada de mendigos
Se agrupan y se acercan unos cuantos castaños
Que se asoman curiosos por todos los postigos
Con la malevolencia de los viejos huraños.
Y en el cuadrito lleno de ambiente y de frescura
En el paisaje alegre con castidad de lino
Pinta un brochazo negro la sotana del cura
Cuando ya la tarde alarga su sombra sobre el camino
Parece que se metiera al fondo de la capilla
Y la luz de la gran lámpara con su brillo mortecino
Pinta en la muralla blanca, como una raya amarilla.
Las tablas viejas roncan, crugen, cuando entra el viento oliendo a rosas
resonga triste en un murmullo el eco santo del rosario
la obscuridad va amalgando y confundiendo así las cosas
y vuela un «Angelus» lloroso con lentitud del campanario.



Los Poemas Plácidos

1913



MADRIGALIZÁNDOTE

Madrigalizaré tus ojos junto al lago
Y tus cabellos junto a los rayos de la luna.
Madrigalizaré tu cuello mago
Junto al cuello del cisne en la laguna.
Madrigalizaré tus labios de coral
Junto a las rosas rojas, madre del panal,
Madrigalizaré tus manos blancas y tersas
Junto a los lirios blancos y a las rosas tersas.
Y junto a la palmera que reina sobre el valle
Madrigalizaré tu regio talle.
¡Cómo madrigalizaría todo tu sér ideal
Oh Madrigal de mi madrigal!



EL AUGURIO FRATERNO

Para el libro de Carlos Barella.

Tú eres mi buen hermano en nuestro Señor Apolo
porque tú eres un triste, porque tú lloras solo;

porque pasas en horas de gran meditación
auscultando el Misterio, sondeando la Emoción;

porque en las horas negras de tu mala fortuna
como un perro triste le ladras a la luna;

Porque sufres la angustia de un voluptuoso mal
Que será el que en los siglos te corone inmortal;

Porque yo me sé todo el dolor que tú tienes
porque en tardes serenas, que ya no volverán,
juntos lloramos versos de Juan Ramón Jiménez,
versos de Herrera Reissig y del gran Francis Jammes;

Tú eres mi hermano en nuestra Santa Madre la Luna
En l' alma de la tarde y en la de la laguna;

porque cruzas cansado por el largo sendero
con la tristeza enorme de un viejo organillero;

porque en la aristocracia de tu real Soledad
vivirás una vida plena de intensidad;

porque al fin de tu vida está la Neurastenia
como una novia pálida, ojerosa de anemia.

Por eso bebo el vino de tu viña ¡Oh hermano!
por eso es que te auguro el triunfo de esta Copa;
telepáticamente yo te aprieto la mano
y la flor de tu viña me la llevo a la boca.

ELEGIA A ALBERTO ORTIZ

Señor, si eres tan bueno
¿Por que permites que se mueran ellos
Los que llevan el alma llena de ensueños?

Señor, si tú eres el artista divino
¿Qué te importaba a tí dejarlo vivo
Armonizando el tedio del camino?

Ah! pobre amigo, ya te fuiste
Pero siempre serás para nosotros
Aquel poeta triste
De mirada febril,
Aquel muchacho pálido
Que se llamaba Alberto Ortíz.

Ah, pobre amigo mío,
Te has muerto, te has ido....
Tal vez estaba escrito.

Ya nunca más veremos
Tus ojos húmedos de versos,
Tus ojos plenos de amistad
De amor y de sinceridad.

Ya no vendrás en una tarde
A sentarte en el mismo sillón lacre
A discutir cuestiones de arte.

Ya no vendrás cansado un día
Lleno de dulzura y de unción,
A recitarme blandamente
Con los ojos empapados de Dios.

No pondrá su dulzura en mi alcoba
Tu voz que susurraba en armonías:
«¿Porque te apareciste por mi senda a esta hora
Cuando ya es imposible verter las melodías?»

Te acuerdas de esa tarde en mi escritorio
Cuando tomando el té
Nos recitamos versos mutuamente
Bajo las sacrosantas miradas de Verlaine?

Y otra tarde llegaste
Y me dijiste que te sentías mal
Y tus ojos tenían la fijeza de los ojos enfermos,
Y me decían algo que nunca he de olvidar.

Ah, pobre amigo mío
Ahora ya te has ido.

Las aves echarán uno de menos
Sobre la gris tristeza del camino
Por donde va la caravana de los sueños.
La luna al no encontrarte entre nosotros
Sentirá un gran dolor de madre
Y seguiremos por la ruta larga
Con la honda tristeza de un circo ambulante.

Ah, pobre amigo mío
Talvez estaba escrito.

¿Qué te ha dicho de tus versos la Virgen?
Que hermosos son tus versos,
Que hermosos y que tristes
Tan dulces y tan suaves como un remanso quieto.

Ah, pobre amigo mío
Te has muerto, te has ido
Tal vez estaba escrito.

Te has llevado tus ansias y tus penas
Te has ido con el silencio de una estrella.

Ya nunca más has de ver
El rostro dulce de tu madre,
Ya nunca más sus ojos
Te envolverán en suavidades,
Ni te hablará al oído,
Ni te dirá sus penas,
Ni sentirás sus besos,
Ni amarás sus tristezas.

Ya nunca más tu madre
Verá tu rostro pálido
Y nunca más tus ojos
La envolverán en un abrazo largo,
Ni amará tus tristezas,
Ni sentirás tus besos,
Ni le dirás tus penas,
Ni escuchará tus versos.

Porque aquel que salió de su pueblo
Bajo una tarde lila
Con un cesto fragante de ilusiones doradas,
No volverá por el camino un día.

Una blanca nodriza lo arruya y lo mece:
Se durmió en las rodillas de la muerte.

BALADA

PARA EL MARQUES DE BRADOMIN

Maestro tú, tres veces santo,
Señor del Valle Inclán
Que pálidas canéforas te brinden el acanto,
Que te bendiga San Gundián.

Este egregio Marqués de Bradomín
Con el misterio de su abracadabra
Hace vibrar cada palabra.
Posee el secreto del mago Merlín
Este egregio Marqués de Bradomín.

Gusta mucho de lo añejo
Se remonta al tiempo viejo
Bebe un vaso de bon vino
Con mano diestra una figura calca
De Botticelli divino
Y un verso de Fra Domenico Cavalca.

Oh! gran Marqués de Bradomín
Qué juntas la lira moderna y arcaica,
Que sabes de la dulce gaita galaica
Y del mandolín.

Para expiar detrás de un seto
La luna sus cuernos te brinda
Y así nos cuentas el secreto
De la marquesa Rosalinda.

Veo al Abate Pandolfo que el entrecejo enarca
Mientras teje un soneto a lo Petrarca
Un marqués malicioso y vividor
Muy maestro en los lances de amor.
Y Arlequín que se encuentra el chapín
Que la dama perdió en el jardín

Este egregio Marqués de Bradomín
Cuya pluma es la vara del mago Merlín
Toca la gaita del pastor galaico
Y dice la gloria de un verso trocaico.

Es dueño de la magia de Apolonio de Tiana
De que habla Filostrato
Perfuma las memorias de la tierra lejana
Y encierra un símbolo en un gato,

En la fabla del gran Arcipreste
En el sabio román paladino
Este bardo de ciencia celeste
Me ha mostrado a su Adega buscando el camino,
Detrás de su santo y fatal peregrino.

Y he visto los rebaños ondear en los faldales
Como ondean al viento los trigales,
Y he mirado sus brujos, sus trasgos y hechiceras,
Que en la tarde tranquean los cerros
He sentido en la noche aullar a los perros
Y ulular a los lobos en sus madrigueras.

Y supe de un bandolero
Que sintió melancolía
Al ver que perdía su encanto primero
La mano de mujer que cortó un día,

He visto asomar en sus versos,
Galantes y perversos,
Como entre cortinas, mas de un rostro ambiguo
Mintiendo un daguerreotipo antiguo.

Y más de una dama lamentarse sola
Mientras la alondra gime en la gayola,
Y otro trovero a los pies de otra dama
Deshoja el miosotís de un epigrama,
Y el romero que va con su sayal
Por entre la superchería medioeval.

Este egregio Marqués de Bradomín
Cuya pluma es la vara del mago Merlín
Pinta el cuadro galano
Divino y profano
Del soldado que triunfa, que mata, que arrolla,
De la farsa sangrienta y clownesca
De la galantería siglo dieciochesca
Con las trágicas tintas de Goya.

He escuchado en sus versos
En múltiples ritmos diversos
El torneo entre una alondra y un ruiseñor,
El duelo entre una estrella y una flor,
El dúo de la brisa y el surtidor,
El diálogo de una dama y un trovador.

Y he visto bajo la luna de plata
Una bella gitana azafata,
Y tras una garza un azor.

A tí, egregio Marqués de Bradomín
Cuya pluma es la vara del mago Merlín
Diré mi ajonjolí por un madrigal
El del trovero Pedro de Vidad
A la Princesa de Imberal

A tí, egregio Marqués de Bradomín
Que tienes el secreto de Merlín,
Que tocas la gaita y el mandolín.



ALGUNOS JUICIOS

SOBRE

"LA GRUTA DEL SILENCIO"





LA GRUTA DEL SILENCIO

Difícilmente pudiera señalarse entre los libros de poesía publicados en los últimos tiempos, uno que como «La Gruta del Silencio», reuna en sus páginas, de modo más completo y definido, las diversas tendencias poéticas que se designan con el calificativo de modernismo.

Este hecho bien manifiesto y que cada lector puede evidenciar sin mayor esfuerzo, hace de este libro una obra representativa.

Precisa valentía en un escritor, y más todavía en un poeta, para lanzar a un público como el nuestro, de cultura apenas mediocre y sin mayores exigencias en cuanto a alimento espiritual, una producción poética elaborada con prescindencia absoluta del deseo, por desgracia tan común, de

conquistar renombre o popularidad halagando el gusto rutinario de la multitud.

Antes por el contrario, a trueque de parecer amigo de lo nuevo, característica ella sola capaz de hacer fracasar al mejor escritor y a todo hombre en una tierra como esta, el poeta Vicente García Huidobro Fernández ha extremado en su obra la nota original y bizarra, y la mayoría de las veces con acierto que demuestra un buen gusto cultivado y personalísimo y una sabia elección de aquellas formas literarias y tendencias que pueden convenir a nuestra capacidad poética.

Es tanto más grato dejar constancia de este hecho cuanto que en no escasas críticas sobre «La Gruta del Silencio» vemos, no sin la sorpresa consiguiente a tan antojadiza afirmación, que esta cualidad tan eminente y necesaria de todo poeta de asimilar de la literatura universal, sin distinción de tiempos ni escuelas, todos aquellos procedimientos que puedan significar un adelanto para la propia concepción y expresión de la poesía, la vemos—repito— calificada como una influencia vulgar y ramplona.

Proviene esta acusación, sin duda, de un concepto errado de lo que debe ser la literatura nacional. El público ha aceptado siempre, y continuará aceptando complacido para resolver problemas de difícil compresión, fórmulas vacías, pero que tienen la ventaja de no hacerlo pensar.

Desde hace tiempo, en efecto, no se duda en Chile de la necesidad de nacionalizar el arte. Sin embargo, no se admite por la totalidad de la gente que opina un anhelo que sería tan justo como aquella necesidad: nacionalizar la ciencia. Más todavía, un escaso número de personas razonables pretende que hay ventajas en utilizar los procedi-

mientos europeos o norte-americanos para la cultura de las tierras o la mejora de la ganadería, se reconoce así tácitamente que la aplicación a tales actividades de nuestra experiencia nacional solo serviría para estropear y dificultar su desarrollo cuando nó para impedirlo. Pero cuando se trata de actividad artística o literaria se considera indispensable para dar patente de belleza a un cuadro o a un libro que estén concebidos y ejecutados no sólo dentro de las formas consagradas por la retórica y poética—lo que en el fondo sería razonable—sino que en esas obras abunde la misma sequedad espiritual desprovista de toda novedad, espurgada de toda audacia imaginativa expresada en el mismo tono infantil y rutinario de dos o tres retóricos petrificados por los siglos.

Concepto tan arbitrario y que jamás ha respondido a la realidad artística no puede menos de entorpecer considerablemente la labor de los pocos espíritus que cultivan en Chile las letras. Oponiendo a toda tentativa de renovación de la herencia literaria de que somos depositarios un empecinamiento hostil e incapaz de todo discernimiento, no solo no se trabaja por una mayor cultura sino que se corre el peligro de corromper la poesía del mismo modo que se pudren las aguas estancadas.

Por estas solas consideraciones la obra que nos ocupa merecería ser tomada en cuenta, si no la abonaran raras y especiales cualidades.

*
* *

Seguramente, «La Gruta del Silencio» adolece de algunos defectos y no es el menor, a mi juicio, el uso sistemático del verso llamado libre. A juzgar

por la lectura de su poesía, García Fernández entiende por tal el uso de diversos ritmos dentro de una misma composición y aún dentro de una misma estrofa.

No choca esta innovación a nuestro oído cuando todos los versos de un poema pueden referirse a un ritmo único. Tal acontece si el poeta se expresa en versos de siete y catorce sílabas, de seis y de doce, etc., etc. En este caso se trata únicamente de una distribución arbitraria de la rima—distribución que puede ser altamente elegante y armoniosa—y de una manera también arbitraria de escribir el verso. No ocurre igual cuando el autor pasa de un verso a otro sin que haya entre ambos una medida común. La ruptura inesperada del ritmo hiere y cansa el oído y esta molestia, que llega a hacerse física perturba la clara comprensión del tema poético, cuando no lo despoja de todo encanto.

Justo es advertir, sin embargo, que para oídos menos habituados a la medida del verso clásico puede ser grata y musical esta aritmicidad, siempre que sea manejada con talento, como acontece en este libro, cuyas composiciones todas, a excepción de no más de tres, están escritas en esta nueva forma.

Ha sido Vicente García el primero de los nuevos —como diría Armando Donoso—que ha usado a través de todo un libro y obedeciendo a un propósito sistemático el verso libre así comprendido, con acierto innegable. La armonía y belleza de sus ideas poéticas no se ha resentido por ello; antes, por el contrario, su verso adquiere en ocasiones inesperado relieve y gallardía, signo inequívoco de que este poeta escribe poesía.

*
* *

Antes que una crítica de «La Gruta del silencio», crítica que por mi amistad con el autor pudiera parecer parcial a mas de algún mal intencionado, he preferido exponer las breves consideraciones anteriores por cuanto ellas se relacionan no solo con esta obra suya sino también con algunas opiniones de los críticos que la han juzgado.

Me abstengo, pues, de alabar la belleza de su poesía. Es tan sutil el encanto de su obra poética que solo puede ser apreciada en el libro mismo. La trascripción de estrofas bellas intercaladas en un artículo, las hace vulgares en fuerza de ponerlas en contacto con el vulgo. Algo análogo ocurre con los metales preciosos: se empañan al pasar por las manos de la multitud.

Y no deseo hacer sufrir tan lamentable espectáculo al poeta Vicente García Fernández.

MAX JARA.

———



. . . .

. . . .

Penetré a «La Gruta del Silencio» y recorrí todos sus vericuetos misteriosos donde voces inefables, inauditas, resbalaban como un filtro áspero y extraño por sobre las paredes abruptas del Símbolo, desenterrando obsesiones unánimes y alucinadoras o degradándose en el eco irredento, anónimo, exhausto, de la concepción amorfa de un balbuceo....

Su arquitectura moderna y lustrosa, y rara a fuerza de aditamentos rebalsantes de ironía contra los fútiles e inanimados códigos de antaño; su ex-

presividad multicolor e inquieta vivificada por el gris escalofrío de un psiquismo vertical y grueso; y su naturaleza revulsiva, reaccionaria y robusta, incorporaron en mi espíritu una fuerte satisfacción de orgullo, de simpatía, y un deseo tirano de gritar y aplaudir el advenimiento, la apocalipsis audaz y luminosa del autor de esa *Gruta del Silencio*, del silencio mirífico que queda colgado como un nuevo mundo ante las pupilas absortas del que sepa y y pueda comprenderlo.

Penetrad a esa gruta y saldréis con el alma y la retina impregnados de resplandores exóticos y bellos.

Estrujad una flor y os perfumaréis las manos.

Y el libro de Vicente García Huidobro F. es una gruta exuberante de flores.

O. SEGURA CASTRO.

. . . .

. . . .

No es esta una crítica. Aún no se ha hecho en mi cerebro (ojalá que nunca se hiciese)—el molde siempre estrecho donde algunos pretenden vaciar las formas infinitas de la belleza. No soy crítico, porque como éste jamás he pretendido mostrar a los hombres como modelo acabado una figura diminuta y deforme en que apenas si se adivina un rasgo torpemente esbozado de la que es Diosa inmortal porque es voluble y caprichosa, pródiga y esquiva porque es siempre la misma, bella siempre, nunca igual.

En la paz de mi interior, la belleza, esa mujer que me fascina con su virginidad, que ha resistido la potencia y el atrevimiento del genio, se me entrega desnuda y sin rubores porque sabe que jamás he osado corregir una sola línea de su cuerpo divino... Ella sabe que amo todos sus encantos y que amaría también sus defectos... por ser de Ella.

Los hombres, esos niños ingenuos que tienen caprichos que serían absurdos y ridículos si no fueran caprichos de niños, me hacen pensar. La belleza, ante la cual soy un niño ingenuo, solo me hace sentir.

Su «Gruta del Silencio», para llegar a la cual he bañado mi espíritu en la fuente cristalina de mi paz, me ha hecho sentir, sentir mucho: y ahora que me veo forzado a pensar para poder escribir, pienso que debe haber sido mucha la belleza que Ud. aprisionó en las páginas de su libro cuando al leerlas he sentido tanto.

Tomás Chazal.

AL MARGEN DE LA GRUTA DEL SILENCIO

Con la avidez que despierta en mi espíritu todo libro nacional, máxime cuando su autor, como en el caso presente, milita en nuestra vigorosa falanje de la actual generación, cogí yo el libro del señor Vicente García Huidobro Fernández, y nó de un tirón, como lo haría cualquier lector prosaico, más sí a pequeños sorbos, como quien paladea un vino del Rhin o la ática miel del Himeto, saboreé yo sus poesías.

Su figura literaria me es tanto más simpática y digna de efusivos encomios, cuánto que además de su obra libresca ha fomentado el arte con la fundación y mantenimiento de revistas a cuyas páginas les ha cabido el prestigio de albergar lo más florido de nuestra intelectualidad. Y aunque no es el caso hablar aquí sino de su reciente libro, no puedo dejar de pasar por alto la decidida dilección que él guarda por los artistas chilenos y lamento en esta ocasión no poseer la florida fluidez de una Sevigné para espiritualizar una crónica de esas, sus íntimas reuniones intelectuales en que Max Jara suele ser el oficiante y de la Vega, Pedro Siena, Guzmán C., Cruchaga, Munizaga Ossandón, el infortunado poeta nicaragüense Alberto Ortíz, Barella y otros más, los fervorosos oyentes.

El concepto bastante elevado que de su personalidad me había formado—que es el de un joven laborioso, según lo constata la lista de sus obras próximas a publicarse, muy versado en literaturas antiguas y modernas y con una opinión clara del arte—no podía menos que verse corroborado y cumplido en el presente volumen.

En él, si bien se evidencia el conocimiento de las literaturas extranjeras, se revela también un temperamento artístico personal y potente que le ha impedido estrellarse en los escollos de todas las exageraciones a que ineludiblemente le hubieran conducido las anarquías demoledoras de la poesía francesa contemporánea sino hubiese sido asistido por su claro concepto del arte y su sentimiento intrínseco e individual. Se especializa su obra por la introspección psicológica, que el autor ha sabido investir fidedignamente, y por una inquietante tortura espiritual que suele manifestarse a veces en complegidades morbosas. Tales especiales estados

llevan siempre el calor humano de donde ellos dimanan y revelan de una especial manera el vasto campo subjetivo del autor.

Erradamente, se ha querido imputar a su obra una servil imitación de la literatura francesa. Una vez por todas, precisa poner en claro este punto: una cosa es imitar o sufrir la influencia de determinada tendencia literaria y otra vivir en el medio por ella creado, armonizarse a ella y sojuzgarse a sus credos estéticos.

Tanto un poeta puede ser asiático como sudamericano y sin embargo, por sus cánones de belleza, por su temperamento y sus gustos, un poeta tan francés como el mismísimo Francis Jammes. Las eventualidades del destino han sido las culpables de que aquel poeta haya visto la luz en un lugar donde, por una rara paradoja humana, el espíritu es inadaptable a las manifestaciones de su medio de acción.

Tal el espíritu de este poeta.

Una vez hecha esta salvedad, bien se comprenderá cómo a su nuevo libro le son perfectamente aplicables aquellas palabras que empleara Monsieur Alphonse Séché al caracterizar la poesía francesa contemporánea:

«Néanmoins, il existe, entre ces livres, si je ne m'abuse, un lien de commune parenté. Et ce lien, difficile à définir d'un mot, c'est la sensibilité aiguë de leurs auteurs, leur esprit inquiet, douloureux, désabusé et préoccupé de continuelle nouveauté, c'est leur raffinement d'émotion et d'expressión, —*un ensemble de qualités et de defauts singuliers dont seules des âmes modernes peuvent être agitées.* Ici et là, on trouve le même soin à fuir tout lyrisme, tout emportement romantique: c'est la même peur du ridicule. Pas de littérature—ou le moins

possible!—La rhétorique est honnie de ces poètes épris de psychologie et qui fouillent l'âme jusqu'en ses plus intimes coins obscurs, sans jamais se laisser entraîner hors de l'analyse rigoureuse par le mouvement prosodique. Avec le minimum de mots, avec de petites notations, ils s'essayent à créer une atmosphère vraie, une musique spéciale; ils recherchent des images inattendues, des rythmes imprévus distillent goutte à goutté leur émotion, comme l'on pincerait une à une et précautionneusement les cordes d'une harpe vétuste et fragile».

Es de hacer notar en estas páginas —ya que se trata del exponente artístico de un joven—la creciente labor y el acendrado mejoramiento que va adquiriendo en Chile el movimiento intelectual iniciado dos lustros ha. En aquella época si bien se aparecía a la palestra del arte con una mayor gimnasia intelectual y una base experimental de la vida más sólida aún, no se alardeaba de este refinamiento y sensibilidad precoces, y de esta prematura intuición artística de la juventud contemporánea.

Por esto, no es de asombrarse que los ídolos consagrados o los fetiches del arte, sientan el escozor de una picadura cada vez que un adolescente y novel autor les gana sus palmas y les enrostra su insuficiencia y el anacronismo retrógrado de su arte.

Se ha atacado a nuestro autor con una virulencia cuanto más amarga, más honrosa para él. Se ha censurado en él, precisamente, aquello que era más digno de elogiarse, esto es, su autocracia, su independencia, su temeraria audacia y, más que todo, su sinceridad.

Norma y guía suya han sido aquellas palabras de Manuel Ugarte: «Para ser sinceros ante nosotros

mismos, debemos afirmar siempre nuestra opinión lealmente, sin pasar revista antes de hablar a las caras que nos rodean, en completa independencia de carácter, como hombres plenos. Los comentarios que provoca nuestra actitud, son la polvareda que levanta el corcel impetuoso al devorar las distancias».

JUAN ROJAS SEGOVIA.

Santiago de Chile, Enero de 1914.



Para Vicente García Huidobro Fernández

Para el que siempre dejó caer una palabra buena sobre la tristeza, para el amigo que se reveló ante todo los gestos de villanía, para el que dejó un verso sobre cada cariño y un cariño sobre cada verso, para el hermano con quien he conversado largamente en las tardes grises sobre el amor, la pena y la poesía, para el poeta que escribió «La Gruta del Silencio» que es un libro bello como una tarde de Otoño; para el poeta que sueña y que habla

siempre entusiastamente envolviendo todos sus sueños y sus palabras en el humo perfumado de un cigarrillo egipcio; para el que odia todos los fanatismos, para el artista que salvó la vida a otro artista vayan estas líneas como un agradecimiento y una felicitación.

....

....

Recién publicada la «Gruta del Silencio» escuché este diálogo en una oficina pública, sobre el libro de Vicente García Huidobro Fernández:

—«La Gruta del Silencio» es un libro muy malo.

—Nó, es muy bueno.

El último que hablaba era el poeta Magallanes Moure, el otro......... la Envidia.

«La Gruta del Silencio» es uno de los mejores libros que se han publicado en Chile: su autor es artista que percibe las más refinadas sensaciones; su alma es complicada, sencilla, triste y optimista; su poesía es hija de su alma.

Juan Guzmán Cruchaga.

....

....

Uno de los poetas jóvenes más bizarros y profundos de esta generación, que es la más brillante que hemos tenido, es Vicente García Huidobro Fernández.

Más de alguno de nuestros viejos vates sonreirá burlonamente, quizás recordando sus versos que ya nadie lee.

«La Gruta del Silencio» rompe con el molde ajustado de la Retórica, pero eso no importa.

Las aves del verso deben volar libremente bajo el cielo ilimitado.

«La Gruta del Silencio» es una obra audaz, quien sabe si la más audaz que se haya publicado en Chile.

Le atacarán a García Huidobro sus imágenes atrevidas que muchos no comprenderán por no poseer el refinamiento necesario.

Le criticarán sus versos libres llenos de savia.

Pero a pesar de todo «La Gruta del Silencio» será aplaudida por los mineros de la belleza y las personas de buen gusto.

Angel Cruchaga S. M.

———

....

....

Vicente García Huidobro Fernández, mal que les pese a los bufones de la prensa y a los fracasados que escriben extremecidos de envidia, es poeta «Dei gratia Vates».

Es poeta porque tiene visión, siente y vibra.

Sabía yo que era un estudioso incorregible y un esteta; sabía que era un orgulloso de su *yo* y que rodeado de soñadores como él, en opulenta bohemia, repartía como un Mecenas su amistad y su saber; pero no sabía que fuera un poeta. Ahora lo sé, porque me lo ha dicho «La Gruta del Silencio».

....

LULIO DE SABÍ.



. . . .

Vicente García Huidobro Fernández analiza sus propias sensaciones y luego procura expresar refinadamente sus descubrimientos íntimos. Es el secreto de su poesía.

. . . .

FERNANDO SANTIVÁN.

. . . .

Espantarán a muchos sus raras locuras verbales, pero habrá también quienes vean en el fondo de todo ese bullir atormentado de la forma una personalidad curiosa, fuerte y original.

. . . .

ARMANDO DONOSO.



LA GRUTA DEL SILENCIO

Observador atento, este joven poeta, fuerte y original da con la desfachatez de un D'Annunzio a la publicidad un nuevo libro. Lo primero que encontramos en él es un prólogo de nuestro distinguido amigo Armando Donoso, prólogo que a nuestro modo de pensar no cuadra en absoluto con el concepto que del libro me he formado.

En el principio cita con mucho acierto (refiriéndose a «Ecos del alma») las palabras del lírico italiano *O rinnovarsi o morire.*

En seguida continúa:

«Lo que este joven poeta adoraba ogaño lo ha sacrificado hoy en busca de una nueva senda».

El señor Donoso se equivoca. ¡Claro está! Ogaño y hoy tienen el mismo significado y sin duda que ha querido decir que el antañesco arte retórico ha sido ogaño renovado por el ingenuo y fresco del moderno.

Varios renglones más abajo, dice:

«Espantarán a muchos sus raras locuras verbales».

¡¡¡Nó!!! no espantarán a nadie, cuando más sorprenderán a muchos...

«En fuerza de comenzar a reconocerse en los otros acabará por dar en los propios aledaños de su personalidad».

El autor de «La Gruta del Silencio» no ha imitado a Andrés Chabrillón, Evaristo Carriego o Raúl Mendilaharsu como nos dice el prologador, por el contrario es «una personalidad curiosa, fuerte y original.

Protesta que los versos son escasos de armonía. ¡Lamentable error!... no son rotundos y atronadores como los de Herrera, Núñez de Arce, José Santos Chocano, pero son estrictamente armónicos.

En esto nuestro poeta se ha guiado por estas célebres frases de Verlaine: «La poesía es un perfume» «A la elocuencia torcerle el cuello».

Hay una estrofa que reza:

«Un carnaval veneciano
con algo de «Fetes galantes»
con algo muy verleniano
«avec plusiers des amantes».

Esto ha dado ocasión para que el crítico aludido o comentara de esta suerte:

«...Imágenes de pésimo gusto, rimas bárbaras, trasposiciones violentas o fragmentos intercalados de versos Franceses recurso de que se ha valido para integrar un verso castellano».

No encuentro que se rompa la armonía y de ninguna manera debía García Fernández «transcribir un verso íntegro en medio de un poema» como lo hace Darío a fuer de perder su originalidad en el arte. Y debo advertir que en esta parte ha sufrido una equivocación el autor de «Bilbao y su tiempo», puesto que Darío en su libro intitulado «El canto errante» tiene una composición en que rima dos versos con palabras francesas y *no transcribe un verso íntegro en medio de un poema*). Oíd:

«De la locura, foco de todo surmenage
donde hago buenamente mi papel de sauvage».

Por lo demás hallo tan lícitamente justo el proceder del bardo Nicaragüense como el del talentoso poeta chileno.

El crítico Armando Donoso que es uno de los más aventajados en talento y erudición de nuestros jóvenes intelectuales dice grandes verdades al lado de enormes errores, tales como ese en que pretende darnos a entender que el poeta es un apasionado de Rollinat, que ni siquiera ha leído.

Al hablar de los defectos gramaticales sucede con Donoso un caso parecido al del sabio-filósofo de Leipzig con Bacón y Descartes. No dudo que la obra de García Fernández tiene giros que no son estrictamente gramaticales, pero debemos considerar que contra ellas pecan muchos, casi la mayoría de los literatos.

«La gramática es una ciencia necesarísima a los escritores sin talento, es en ella que reside su sola

fuerza y son dominados por ella; es útil a los escritores de talento que saben adornarse con ella; y es absolutamente inútil a los escritores de genio que saben crearse un mundo verbal personalísimo, no sólo fuera de ella sino contra ella».

Estas aceptadas palabras de Vargas Vila podrán servir de norma a la nueva generación que es audaz y talentosa como lo que más. Al finalizar el libro el señor Donoso dice:

«Y en la lírica americana este caso se repite ya con frecuencia en escritores que, como Lugones, Amado Nervo y Guillermo Valencia comenzaron siendo verdaderos maestros de capilla del simbolismo y de todas sus exageraciones y hoy repasan, con idílica frescura sus emociones cultivando el arte serenamente, ajenas a esas complicaciones que antaño fueron para ellos palabras de oro».

El caso respecto a García Fernández es muy diferente al de los poetas anteriormente citados, puesto que nuestro poeta comenzó por la escuela romántica de Hugo y ahora ha encontrado su verdadero camino de damasco en la propia auscultación.

Francamente, confieso que ignoro el por qué de las ajenas complicaciones y exageraciones del simbolismo; gloriosa y magna escuela que cuenta con un genio por fundador: Góngora y por un hombre de talento superior por vulgarizador: Verlaine.

Rafael Mesa y López, hombre culto y de vasta erudición, en su «Antología de los mejores poetas Castellanos», habla de esta suerte acerca de los comienzos del simbolismo:

« .. El gran Verlaine, que sin duda alguna es el primer poeta francés del siglo XIX, tenía por Góngora una profunda admiración; se puso a estudiar con ahinco el castellano para poder traducirle, pues no conocía nuestro idioma lo bastante para ello y

a uno de sus *Poemes Saturniens* puso como lema este verso de don Luis Argote y Góngora:

«A combates de amor, campos de pluma».

Este solo detalle bastaría para la gloria de Góngora, y prueba que los poetas sud-americanos de hoy, aunque otra cosa pretenden, no siguen una escuela francesa, sino estrictamente española pasada por el tamiz francés».

*

Las almas juveniles sienten extremecimientos líricos que los obligan a convertirse en refinadas y exquisitas a las unas, en sentimentales a las otras, en románticas a muchas y a las más en ridículas, insensibles e indiferentes a los mágicos encantos de la belleza suprema del arte.

Pero no ha sucedido lo último con el autor de «Ecos del alma», por el contrario, con su trabajo asiduo y constante ha logrado formarse un estilo raro y original, que encantará y elevará a las almas verdaderamente artísticas y arrancará una mueca de desprecio a los talentos mediocres o envidiosos.

La primera composición que encontramos en el libro se titula «El poeta alaba los ojos de la muy amada», honda y sugestiva poesía que honraría a un José Asunción Silva, cuyos nocturnos tan serenamente sentimentales, son los gemelos de esta bella composición. Oid:

«¡Oh! lo extraño de sus ojos insondables y sombríos
Cuando vuelven a lo cierto ya cansados de soñar
Y se posan en los míos
Como algo que ha dejado de volar.

Siento frío......
Siento frío
Su mirada me penetra, me traspasa y me adivina
Llega al fondo de mi alma y la ilumina.
Como un rayo de luna
Que se clava en la laguna».

«La balada triste del camino largo» tiene un extraño dejo de melancolía poética.

Vaya una de esas estrofas:

«Riendo a los que vienen, llorando a los idos
seguir por el largo camino distante
Seguir por los largos caminos dormidos
Con la honda tristeza de un circo ambulante».

El alma de García Fernández que es intensa, sentimental y elegíaca no podía olvidar al malogrado poeta de la Argentina, Evaristo Carriego que en plena floración de juventud se marchitó por sus afiebradas y desbordantes espiritualidades como una fresca rosa por los calcinantes rayos de un sol tropical.

Recordamos algunas estrofas que darán a conocer el valor de la composición:

«Se rompió el organillo de Evaristo Carriego
El silencio se duerme en el suburbio largo
Y lloran como nunca los ojos de aquel ciego
Que aguardaba en la puerta con un aire amargo.

....

Quien sabe si parada junta a la puerta, alguna
muchachita se acuerda de cuando tú pasabas
y fija sus miradas llorosas en la luna
recordando el encanto con que tú la mirabas».

Este insignificante detalle que para otro habría pasado inadvertido, es una de las imágenes más originales del libro; trae a la mente un mundo de evocaciones. Tanta naturalidad, tanta sencillez son los verdaderos encantos de la poesía. Seguro estoy que Juan Ramón Jiménez, Herrera, Reyssig o Max Jara no la rechazarían de su colección.

Esas tardes de invierno, monótonas con un algo extraño que hastían de la vida hasta el suicidio, no han pasado indiferentes para nuestro joven poeta que las ha cantado en unas estrofas llenas de amargor y pesimismo que nos dá la exacta sensación de esos días odiosos, lentos y aburridores.

«Los frescos ilusorios» dedicados a Ramón Pérez de Ayala traen pinceladas muy reales y curiosas, por ejemplo aquella parte del «Amanecer poblano:

«Por una gran pendiente se resbaló la noche» y aquel terceto con un colorido que iguala a los versos de Luis Carlos López:

«Curvando el cuerpo un niño se restrega los ojos
con su pañuelo el cura asea los anteojos
y sepulta una mano en su eterno bolsillo.

El poeta ama como Virgilio la vida del campo, las verdes praderas, los trigos maduros, el alma de los paisajes crepusculares, las campanadas que se caen sobre el llano, el reidor canturreo de las cristalinas aguas y le agrada contemplar de lejos las carretas que se pegan en los pantanos del camino, a las golondrinas que sin inquietudes vuelan bajo el diáfano cielo azul y sobre los verdegueantes potreros donde pastan los animales gravemente.

Completan la colección dos composiciones, una de las cuales se titula «El dolor del paisaje nocturno», donde encontramos bellas estrofas, y otra con

el nombre de «La llanura de noche», poesía moderna como la que más, con atrevidas comparaciones donde se revela toda la audacia y temeridad del poeta.

Hay estrofas verdaderamente encantadoras:

«La llanura está encantada
se ven los pastos azules
y lejano se divisa
como un diálogo de luces.

¡Qué noche tan deliciosa
qué llanura tan callada,
para cruzarla con ella
en dos cuerpos y en una alma.»

Al leerlo me ha parecido ver a lo lejos resaltar dos luces en la inmensa obscuridad de una noche y hasta he sentido la refrescante caricia del céfiro nocturno.

En «El tríptico galante de jarrón de Sevres» nos pinta una noche carnavalesca donde vemos desfilar a Colombina, Arlequín, Pierrot, Clitandro y Cassandra «por la gloria del jardín».

Nos habla de música de mandolines, de cisnes, mitológicos y de barcos que navegan como encantados por las aguas. Finaliza el tríptico haciendo una evocación de «Era un aire suave» por Rubén Darío. Pinta a la marquesa Eulalia, la divina, la reidora, la perversa que dá sonrisas y desvíos a los rivales que están prendados de su arrogancia y hermosura. Y ella toda llena de encantos y altiva y orgullosa sólo deja escapar ,su aristocrática carcajada en tanto que un paje «cae rojo de estocadas.»

¿Qué decir de los «Poemas sencillos» de «El viejecito del barrio» tan natural y sencillo, de «La enfermita de engaño», un tanto dolorosa y nostálgica

y qué de «El idilio de la tarde y de la luna», cuya primera estrofa tiene la dulzura de una égloga de Virgilio?

«El libro de la meditación» que compone la segunda parte trae poesías con giros elegantes y nuevos, con frases donde se ve la relación lejana de unas a otras, pero maravillosamente bien estudiadas. Como ser esta de «El Libro Silencioso»:

«Higuera que da sombra, en el camino grave,
Como una tristeza de madre».

O aquella de los «Versos de un viejo triste»:

«¿Quién pronunció ese nombre
Que me perfuma el alma?»

Esta composición es hermosísima, cada verso es un pensamiento genial y original, respira vida interna e intensa, hiere al corazón, habla al alma, habla muy silenciosamente, de modo que pocos prestarán atención a sus bellezas, pocos, muy pocos, solo los artistas, los de alma grande y de gran corazón.

«El poema para mi hija» es un pequeño cuadro con algo de tristeza, de la tristeza de los que sufren al lado de la felicidad, de los desgraciados que la fortuna rechaza irónicamente, despiadadamente.

Al poeta sereno, al poeta del amor y las ternezas, a Amado Nervo, he recordado al leer los versos «Las flores del jarrón»:

«Las blancas flores del jarrón me dicen
De la delicadeza de tus manos».

En los tercetos «A la hermana buena» tiene una estrofa que llama vivamente la atención:

«Mira como mi libro entrecerrado finge
Las manos juntas de una casta virgen
En actitud de un rezo suave y triste.

Con «Ama al otoño amarillo» concluye la primera parte de «El libro de la meditación».

Donde García Fernández se manifiesta más poeta, donde su alma se retrata más vivamente, donde vibra más agitadamente los nervios del autor y donde más se cumplen estas palabras de «El poema a su hija»:

«Tiemblo ante todo lo sobrenatural y lloro como un perro a lo desconocido», es en «Los poemas alucinados».

Es el alma del agenjomano Verlaine, «las pesadillas alcohólicas de Rimbaud y los negros hastíos de Baudelaire» los que reviven en el cerebro atormentado de este joven poeta lleno de obsesiones, de terrores y de espasmos.

«La araña negra», es la obra de un delirante. algo extraño, terrorífico, algo de Poe que delira afiebradamente.

Pero aun más doloroso es el poema «Cuando yo me haya muerto», es una de las composiciones más fuertes de las que sobre este tema se hayan escrito, es casi imposible que el pánico se pueda pintar más vivamente; he aquí algunas estrofas:

«Después vendrá el entierro, me sacarán de casa
Para jamás volver, aunque mi amor lo quiera,
Alguien habrá que al ataud se abraza
Y la quitan por fuerza y la arrastran afuera.

Mi espíritu irá siempre detrás de los que ha amado
¡Que horrible si yo quiero besarlos y no puedo!
Que horrible ir viendo como de mí se han olvidado
Y solo me recuerdan cuando me tienen miedo.

....

....

Se sentirán mis pasos en las piezas desiertas
Y se sentirán golpes, suspiros y raspaduras
¡Qué susto pasar frente las ventanas abiertas
Que se quedan a veces en las piezas oscuras!

....

Talvez alguna vieja sirviente visionaria,
Contará haberme visto cruzar los corredores,
Me pintará de alguna manera extraordinaria,
Envuelto en una especie de flotantes vapores».

«El terror de la muerte», es otro poema obsesionado, sentido hondamente, donde encontramos acertadas comparaciones como esta:

«Mi cuaderno de versos
Caído en el suelo
Parece un pájaro muerto».

«Los coloquios espirituales» son bellos y nuevos versos rimados en ciertas ocasiones de una manera original.

Su poema «La alcoba» es una obrita maestra que bien podría atribuírsele a un Jules Romain.

En «Las palabras de la anciana», composición que finaliza la obra hay pensamientos verdaderamente grandes.

«Habló la anciana y sus palabras
Tenían una paz de llanura larga

....

....

Y me habló la muchacha y sus palabras
Eran como lamidos de perro».

«La Gruta del Silencio» es la obra de un poeta joven y ardientemente apasionado del simbolismo, donde parece haber encontrado su verdadero camino de Damasco.

Es joven, estudioso y de talento.

No es una promesa, es una bella realidad.

J. Solís de Ovando.

....

....

En su libro tiene composiciones sencillamente admirables y con las cuales gozará muchísimo el gran Lugones sin ver en ella ninguna imitación o influencia francesa que dice el culto prologuista.

Concedemos que el señor García es un poeta francés o de temperamento francés por un error nacido en Chile, pero no podemos aceptar que sea un imitador de los franceses. Hay muchos poetas nacidos en Francia y que no han imitado a sus

compatriotas antecesores o contemporáneos. Si a un caso han recibido la influencia de toda una escuela, no de uno que otro poeta aislado.

Algo hemos adivinado de las ideas de este poeta por los artículos de prosa insertos en la revista «Azul» que tuvo a bien enviar a nuestra redacción junto con su libro «La Gruta del Silencio».

En la prosa se parece a Vargas Vila, me decía un amigo leyendo sus artículos. En realidad no es así, porque si bien es cierto que tiene el mismo estilo cortado del colombiano, también es innegable que sus frases no son pomposas, ni azucaradas, ni llenas de floreos inútiles como las de Vargas Vila. Tiene el estilo cortante y sentencioso que todos han bebido en la Biblia, tanto Nietzsche como Hugo como Whitman.

Es lamentable que críticos estudiosos se dejen influenciar por el primer golpe de vista.

¿Qué diría de esto mi amigo González Blanco que tanto medita sobre cada cosa? Ya ha prometido tocar este punto y seguramente dirá cuatro palabras muy acertadas y justas.

El señor García tiene una manera propia de fabricar las frase, haciendo a veces saltar la idea repentinamente y otras valiéndose de raras dislocaciones de magníficos resultados en el conjunto.

Lo mismo en el verso tiene ideas finísimas que apenas apuntan vagamente y dicen un mundo a los cerebros cultos y prontos.

Sin duda alguna «La Gruta del Silencio» al ser conocida de toda América y España, causará una verdadera revolución y creemos que en su país no se le ha dado la debida importancia a juzgar por los diarios y revistas.

Yo le aplicaría a este poeta las palabras de Manuel Cardia sobre el que fué admirable artista, Vi-

llaespesa: «Hay otros cuya psicología es más refinada, cuya educación sentimental es más compleja, cuya sensibilidad es más enfermiza. Para estos es más raro el movimiento de simpatía puesto que están más lejos de las multitudes».

J. Ruiz Alomar,
(Uruguayo).



ÍNDICE

Pág.

PRIMERA PARTE

La Música Dormida



